

Distribución gratuita / 5.000 ejemplares
Callao 360, CABA
Tel: 45626241 / 11 5935 0377
Editor responsable: Pablo Bruetman
ISSN 2525-1260
RNPI-2024-75535375

Citrica

Año 13 Número 131 Edición Diciembre 2024
Cooperativa Ex Trabajadores de Crítica Ltda.
citricarevista@gmail.com
www.revistacitrica.com



CROMAÑON



20 AÑOS

Creemos gracias a tus aportes.

Sumate a la comunidad *Cítrica*

Entra a www.revistacitrica.com y elegí la suma de dinero que desees.

¿Por qué y para qué suscribirse?

Para ser parte de nuestra comunidad, integrada por diferentes comunicadoras, comunicadores y medios autogestivos de todo el país.

Para acercar noticias y proponer temas que no aparecen en los “grandes” medios.

Para que te llevemos esta edición impresa a tu casa, y para que puedas acceder a libros, eventos culturales y descuentos en restaurantes cooperativos y comercios agroecológicos.

Para que hagamos más de lo que falta: periodismo. Y desde el territorio.



Escribinos  1159350377

Suscribite a Revista Cítrica:



La noche que cambió todo



Como si la numerología y el destino nos quisieran dar un mensaje, este año imposible, interminable y desgastante termina con el aniversario redondo –20 años, dos décadas, un número que inexorablemente moviliza más que anteriores– de uno de los peores desastres de la historia argentina: la masacre de Cromañón, aquella trampa mortal de desidia, negligencia y corrupción en la que murieron 194 personas y sobrevivieron 3500, aunque años después, al menos 20 se suicidaron.

A quienes tenemos alrededor de 40 años, Cromañón nos marcó como casi nada en toda nuestra vida. Vivimos nuestra adolescencia al borde, nos formamos en recitales de rock y en canchas de fútbol entre violencia, improvisaciones y los límites del riesgo corridos, cuando en la abulia de los noventa, la política no ofrecía casi nada.

Para quienes no estuvimos ahí, Cromañón llegó como una piña que cambió nuestros hábitos y costumbres. Para quienes sí estuvieron, o para las familias de las víctimas o de los sobrevivientes, fue mucho más: una noche que arruinó vidas, que las cambió para siempre.

“Cada vez que tengo un recuerdo automáticamente pienso si fue antes o después de Cromañón. Trazó una línea temporal”, dice el Chueco, retratado por Juan Pablo en el medio de la Avenida Hipólito Yrigoyen, en Almagro, antes de la conferencia de prensa en la que la agrupación que integra, la 30 de diciembre, contó los detalles del festival que hará en el santuario de Once, 20 años después de la tragedia. “Es algo con lo que coincidimos muchos sobrevivientes. Que después de esa noche no somos los mismos”, coincide Javier.

Hicimos este ensayo fotográfico, este recuerdo colectivo, para homenajear a los pibes y las pibas que murieron en Cromañón, pero también para homenajear a los pibes y las pibas –hoy ya adultos– que sobrevivieron no sólo a esa trampa, sino a todos los obstáculos y el abandono de los años posteriores, una deuda que recién ahora empieza a saldar el Estado de la Ciudad de Buenos Aires. Porque como nos dijo Elsa: “Queremos que los sobrevivientes empiecen a vivir y empiecen a disfrutar que están vivos”.

Reaccionar sin leer

UN DOCENTE DE UNA SECUNDARIA ESCRIBE SOBRE LA AVENTURA DISCIPLINADORA DE LA VICEPRESIDENTA Y DEL GOBIERNO EN GENERAL. DESDE EL MATADERO HASTA COMETIERRA Y LAS AVENTURAS DE LA CHINA IRON. PREGUNTAS Y ANÁLISIS DESDE UN AULA REAL, CON PROBLEMAS REALES. Y LA GRAN FARSA DE CONVERSAR SOBRE TEXTOS SIN HABERLOS LEÍDO.

Por Luis Ángel Gonzo / Fotos: Rodrigo Ruiz

Están frente a mí. Los observo, tanteo, acaricio. Rozo a uno con las uñas, a otro con la yema de los dedos. Apoyo encima de otro la mano entera. La piel se humedece al tocarlo. Lo abro, respiro su edad cifrada en su aroma, lo recorro. Lo miro, no veo, lo alejo, lo acerco, hago foco, me relamo, el torso en tensión, respiro, busco una posición mejor, relajo los hombros, estoy y no estoy, doble o nada entre las palabras, los silencios, los gruñidos, los gestos y los cuerpos proyectados en una especie de trance.

¿Qué estás leyendo?

Cualquiera puede probar, es cuestión de proponer un tema de actualidad (inflación, lectura, un nombre X: Villarruel, Kicillof, Reyes) o de conversación (la sexualidad, la lectura, la educación) y enseguida, antes de que el aliento de la última palabra pronunciada se disipe en el aire, otra voz saldrá desde el pecho (se respira poco y mal, en algunas charlas) al cruce de esas palabras, quizá para preguntar algo, enfocar el objetivo y manifestar su perspectiva, dar su opinión, contar su experiencia. Pueden ser adjetivos, una digresión, una glosa, un monólogo. “El lenguaje es un virus”, expresó Burroughs, una palabra llama a otra, soy legión, parece decir, como el demonio dice a Jesús en el evangelio según Marcos.

Las conversaciones suelen funcionar así: acumulan expresiones como combustible para avanzar hacia... Más conversación. Y, desde ya, no hace falta rememorar la sorpresa de San Agustín al observar que Ambrosio, obispo de Milán, leía en silencio o voz baja para subrayar que también leer y escribir son formas de conversar... ¿En silencio?

Sí, tengo mi Biblia acá, sobre la mesa, entre el ejemplar de Las aventuras de la China Iron y el de Cometierra, que releo desde hace días a raíz de los ejercicios de escritura online de la vicepresidenta Victoria Villarruel, quien además de presidir el Senado y reemplazar al presidente cuando viaja por ahí a representar su papel moneda de cambio, parece decidida a cultivar la crítica literaria en versión censora y hacer escuela de una serie de prácticas poco recomendables en la disciplina, recomendables en el disciplinamiento: el abuso de la sinécdoque,

la descontextualización de la cita, la mentira lisa y llana estilo fake news, la generalización exagerada y, sobre todo, la disociación entre la hipótesis de lectura (eso que pensamos de lo que leemos) y el texto, esa intersección que admite múltiples modulaciones pero que no resiste (así como nada resiste) absolutamente cualquier cosa. Es decir, la diferencia entre tener una opinión fundamentada y hablar al pedo (la pura ideología: leer algo que está más allá o más acá del texto, que prescinde de su materialidad).

Una diferencia problemática, experimentada en las aulas: la que hay entre leer, entre escribir la lectura (y, llegado el caso, extraviarse en la lectura y la escritura) y generar un texto a través de una inteligencia artificial. En ese sentido, quizá tendríamos que pensar la política en esas coordenadas: las del lenguaje generativo disociado de los hechos. ¿Dónde radicaría, en ese cruce de lenguaje y no pensamiento, lo degenerado? ¿Y lo degenerado?

En todo caso, el problema radica en conversar sobre lecturas, sobre materiales e incluso experiencias de lectura, sin leer. Qué detalle y derrotero, viniendo de Victoria; derroteros de lectura victoriana.

Me pregunto, como persona que habita varias mañanas de la semana en una escuela de educación media, cuánto hace que la señora vicepresidenta, como argentina de bien que es, no pisa una institución educativa del nivel sobre el que opina que no haya sido previamente inspeccionada y adecuada para recibir a su honorable figura. La cantidad de menciones genitales por metro cuadrado de superficie de banco, de hojas y de muros, sea en forma gráfica o auditiva, escrita u oral, solo es directamente proporcional al desarrollo hormonal de su población, al incommensurable flujo de sus consumos culturales



(decir sexualizados puede ser redundante: abramos una red social o plataforma de consumo, veamos) y a la necesidad rupestre de manifestación de signos en afán ancestral simil cueva de Altamira como parte de la constitución de la subjetividad.

Ahora bien, más allá de las cuestiones de diferencia de registros posibles, pensar que por leer la palabra pija o la palabra concha, la palabra culo o la palabra teta, estamos incurriendo en algún tipo de revelación que podría modificar la moralidad de alguien es no recorrer un pasillo hace tiempo o hacerlo con anteojeras y tapones para los oídos.

Incluso, más allá de los títulos, pediría Popper ver hasta dónde llegaría la idea de suprimir lecturas por cuestiones de sexualidad. ¡Oh! Nos llevaría a omitir buena parte del corpus que suele formar parte de la literatura de ciclo superior. “Abajo los calzones a ese mentecato cajetilla y a nalga pelada denle verga, bien atado sobre la mesa”, se puede leer en El matadero de Echeverría, esa ficción con la que David Viñas marcó el vínculo entre violación y comienzo de la literatura argentina.

No mencionemos La cautiva, ni La refalosa, ni Don Segundo sombra. Ni a Lamborghini o Cortázar, aunque pueda gustar “El nuestro, simple y silencioso matrimonio de hermanos” de Casa tomada. ¿Qué hacemos? ¿Fahrenheit 451? ¿La ciudad ausente y Respiración artificial? ¿Paulino Tato reencarnado con la ceguera del lector algorítmico? ¿O aquí Nadienadanunca y apuntamos a otra cosa, por ejemplo al paradójico discurso prolijo y también moralizador, utilitarista incluso, que ha rodeado en forma infructuosa y defensiva a las ficciones eschachadas por la vicepresidenta?

La lista de citas podría extenderse, claro, sin leer. Dos profes que tuve (y que leo; no los menciono porque somos seres etéreos y la lectura pertenece al mundo ideal de lo bueno y lo bello y no a sujetos históricos de carne y hueso) marcan algunas coordenadas: unx reflexiona sobre las redes y reaccionar sin leer; otro repetía en clase, como sello propio: “lean, che”.

Seguramente resulte necesario, sobre todo en el plano civil y legal, en épocas de cierto oscurantismo ambiente, defender los textos y las personas que los escribieron: sus derechos de circulación, el rechazo a cualquier tipo de censura o eschache.



Ahora bien, desplazarse de ahí a la justificación de la inclusión de los textos en un plan de lecturas por cuestiones derivadas de lo que podría denominarse su aplicabilidad (como quien aplica a un trabajo, como si leer fuese una inversión) resulta un tanto inquietante.

Me pregunto también hasta dónde tiene que ver esto con la ESI y las problemáticas de su implementación. No hace falta ser una luminaria para ver que el tiro es por elevación, que el enroque de piezas apunta a enfocar las citas de los libros y tomar las bibliotecas, las leyes relativas a la ESI, el posicionamiento de la vice como referente del nacionalismo conservador, plan B, internas, polarización y apuesta a proyección bonaerense, ese “desierto” del siglo XIX que los fans acríticos de la obra militar de Roca siguen escrutando sin comprender, en el que incursionan sin poder dar con su norte y del que vuelven periódicamente desencantados más allá de jugar al estanciero.

En la panza de este caballo deTroya libresco descansa el debate por “la educación sexual que queremos”, dicho esto por los anti aborto, los negacionistas de la apropiación de niñxs en la última dictadura, los defensores de los “pobres patriotas” y militantes de la “memoria completa” (sic), los baiteadores de la “ideología de género” (sick). Esa “ESI” que apunta sólo a las “enfermedades de transmisión sexual” (no hay caso con infecciones), a la anti concepción a lo sumo, pero no al aprendizaje y al placer, al deseo, al cuidado y al respeto del cuerpo propio y del ajeno, a los derechos de las diversidades, de las mujeres y todo lo que las leyes de los últimos años establecieron y viene siendo, en los hechos, vaciado u obstaculizado.

Sea cual sea el objeto satélite de la lectura, la

pregunta persiste y, como muchas veces en la crítica, la respuesta, si la hay, importa menos que la potencia del interrogante. ¿Tiene que servir para algo un libro? ¿Tiene que representar determinadas cuestiones? ¿Es (o debe ser) la literatura un discurso útil?

Escuchamos hablar tanto del placer de la lectura, de sus bondades, que pretender que “sirva”, que justifique su existencia y sea subsidiaria de otra cosa (ESI, formación ciudadana) resulta problemático, habida cuenta las variadas reivindicaciones teóricas de su inutilidad, como los postulados de Giordano en relación a lo inútil de la literatura y la crítica, que retoma el “escribir: verbo intransitivo” de Barthes, atropellado por una camioneta no para demostrar que la vida es imprevisible sino porque sí, por infinidad de causalidades pequeñas que confluyeron en un hecho considerable como podría ser un choque o la escritura de un texto y no buscaron más que su mero acontecer.

A la retórica positiva de los libros, que dota a lectura y lectorxs de un aura de prestigio intelectual, se contraponen dos afirmaciones que baten estadísticas en salas comunes y estudios más o menos random destinados a justificar evaluaciones y reformas educativas de dudosa procedencia. La primera: “los chicos no leen”; la segunda: “no entienden lo que leen”. Ambas “ideas” entrañan su catálogo portátil de zonceras pero vale apuntarlas por contraposición: ¿qué importarían unos párrafos de títulos distribuidos en bibliotecas de una población que no lee o que, al leer, no entiende?

Esa deliberada omisión de lo correlativo se desprende del discurso del libro bueno proyectado a “las aulas”, a “la escuela” en clave sarmientista (que no sarmientina), es decir conservadora, del aula como espacio impoluto, de la escuela como lugar autónomo, refugio del mundanal ruido.

Cuánto hace que la señora vicepresidenta, como argentina de bien que es, no pisa una institución educativa del nivel sobre el que opina

Nada que ver: entre colegas repetimos en chiste (en serio) esta expresión cuando algo funciona: “parece una escuela”; incluso, a lxs estudiantes: “es una escuela, aunque no parezca”. Vale insistir: ¿hace cuánto no pisan una escuela?

“Sexualizan a los niños”, agrega VV. ¿Podría un libro “sexualizar” a alguien? ¿Antes de leer era asexual? ¿Mis hijxs son asexuales? ¿Mis estudiantes son asexuales? ¿Qué haré cuando sean sexualizados por corruptos agentes externos? ¿Podrán sexualizarse solos?

Podría denunciar otras cosas, como las continuas alusiones sexuales y violencia discursiva de su compañero de fórmula. Amén de que varios de estos libros se originan en experiencias de sus autoras y pueden “servir” como difusión, prevención y hasta elaboración de episodios de abusos. Ah, para eso habría que leer. “¡Qué paja, profe, como 200 páginas!”

Comparemos épocas y censuras. Agosto, 1857: proceso judicial contra Las flores del mal, de Baudelaire. Poco antes, Flaubert absuelto por Madame Bovary. El cargo: “Atentar contra la moral religiosa y la moral pública”. Profe, ¿diferencia entre concreto y abstracto? 167 años.

En el medio, Lolita y otros. Esos textos deben estar en cada biblioteca escolar más o menos nutrida. La condena los immortaliza, afirma Sollers. Así como la risa, según Bajtin, es variable históricamente, la moral también lo es. Señora vicepresidenta, fíjese cuántas citas, no es mi intención resultar pedante ni ser el Alfaro de la columna de opinión, sino remarcar que los textos nacen de otros textos, que somos mosaicos de citas, que la intertextualidad nos constituye y que esto no lo digo yo: lo leo en páginas que sugieren lo oportuno de leer antes de... Decir que unx leyó.

No podemos hablar aún de immortalización de los textos bonaerenses, pero sí podemos entreagar, viralización de marketing-eschache vicepresidencial mediante, los premios al pete y el garche más citados de la literatura argentina: ¡felicitaciones, Dolores Reyes! 🍀

¿Por qué le temen a la literatura?

UNA REFLEXIÓN SOBRE LOS PELIGROS DE IMAGINAR OTROS FUTUROS POSIBLES PARA LOS GOBIERNOS ENEMIGOS DE LOS SUEÑOS. UNA INVITACIÓN A ABRAZAR A QUIENES NOS HACEN VIAJAR A TRAVÉS DE LAS HISTORIAS.

Por Claudia Aboaf / Fotos: Rodrigo Ruiz

Nada perduró tanto como la literatura, lo viene haciendo por siglos. Es que nuestro pensamiento es esencialmente metafórico y el arte conmueve. A veces son gestos estéticos los que generan comienzos históricos políticos. Una novela tiene más de lo que dice. Es un reservorio afectivo que mantiene la imaginación encendida. Te saca de tu burbuja de pensamientos hacia mundos más complejos, tantos como puedas leer; así es con la literatura.

Accedemos al mundo a través de la ficción, de los cuentos que nos contamos. Millones de páginas escritas incluyen en sus relatos mucho más que amores y miserias. También lo impensado. Muchas veces trazan faros de advertencia o utopía llenas de belleza. Unas pocas páginas de Gabriela Cabezón Cámara nos llevan a convivencias inesperadas como la que narra para Antonio, un colonizador que se esconde en la selva junto a Las niñas del naranjel: “las carcajadas de las niñas lo animan. Antonio se sienta, toma los frutos, los reparte. Michi agarra una punta de la capa del capitán, le acaricia la frente con sus manitas torpes, débiles, pegajosas. Antonio siente un hueso en la garganta. Acaricia la cabeza de Michi por un instante”.

Luego, Antonio recordará España y se preguntará qué comen los indios, como estas niñas indígenas Michi y Mitakuña, y buscará cómo protegerlas, es que ya no está seguro de nada y su mundo colonial se derrumba. El capitán reflexionará conmovido sobre ese breve intercambio de caricias.

La narradora escribe: “Ganaron todos. No sabía que eso era posible”.

A cambio, en las ficciones tristes de este gobierno, nos quieren desesperados y desesperadas. Proviene de una ilustración oscura que solo puede imponerse con la persecución de lo que llaman “batalla cultural”. Con muchas más historias sexualizadas e insultos de las que leí en los últimos, al menos cien libros literarios, mientras abusan de la representación de memes –unidades culturales– que horrorizan la vida. Pero la idea misma de control, de que nos controlan o que podemos controlar todo es pe-

ligrosa y falsa. Nunca puede ser total. Siempre existirá la literatura.

En algunos párrafos de Cometierra, la novela de Dolores Reyes, a veces gana la ternura:

“Cerré los ojos y los abrí recién cuando Ezequiel paró el auto frente a una confitería enorme pintada de amarillo... miraba todas las cosas ricas... Ezequiel me preguntó ¿qué te gusta? Elegí un montón de facturas, en especial de esas con azúcar impalpable y que te dejan la boca como un payaso... ya no pensaba en la tierra, sino en las facturas”. Ese gesto es un breve



remanso para Cometierra, la protagonista, una adolescente para la que comer, comer tierra, es una desgracia y un don entre tanta violencia.

La experiencia de la lectura (y la escritura) nos enlaza con otros, distintos de uno mismo. Ese diferente de mí con el que puedo empatizar en una historia, incluso con otros vivientes como las plantas, los animales, para tomar diferentes puntos de vista con voces poéticas diversas. Ser otro en la lectura es un ejercicio que ocurre en la literatura.

Ricardo Piglia, gran escritor argentino, le da otra dimensión al sostener que “la escritura de ficción se instala siempre en el futuro porque trabaja con lo que todavía no es. Construye lo nuevo con los restos del presente”. Me pregunto cómo se puede representar el futuro con

dirigentes que niegan los derechos y las evidencias de la crisis climática, dejándonos sin previsiones para prevenir catástrofes.

Aun así, cuando estiramos la imaginación desde el presente, ejercicio que hace la ficción, logramos atravesar este futuro denso, aunque se empeñen en apagarlo en el cine, la literatura, el teatro y la educación pública; institución donde se estimulan estas dimensiones de la cultura. Las desfinancian con consecuencias determinantes para el país.

Hoy el futuro parece disputarse en la ficción, en el espacio virtual donde ponen a trabajar las fuerzas de un cielo amenazante, sobre un paisaje real empobrecido y angustiante. Política, literatura, también ecología se funden en la ficción para pensar otros mundos posibles. La humanidad reacciona al arte, a la literatura, siempre lo ha hecho. Por eso perdura por siglos. Y ciertos libros vuelven a resonar en medio de las crisis. También la literatura es una actividad interactiva y tiene una contención para la violencia. En estos tiempos en que se propaga el individualismo, leer sea quizás más importante que nunca para tender un puente sensible hacia imaginarios vitales.

Todo depende del mundo que quieras.

“Habla, la tierra. No entiende qué dice. Pero habla: está toda ella diciendo algo”. Antonio siente que se está llenando de sol como las hojas, como todo –nos cuenta Cabezón Cámara en Las niñas del naranjel–, y se refiere a una vida que se mide en milenios. Un tiempo en el que se puede morir tan fácilmente, pero también un tiempo de lo que no muere fácil.

Siempre hicimos acciones y adhesiones por solidaridad más que por contestación. A veces, sí, para lograr un objetivo con los gobernantes. Pero siempre por empatía. Necesitamos otras estrategias, es cierto, pero tampoco vamos a permitir que nos agoten el deseo de movilizarnos. No lo hacemos bajo su mirada enjuiciadora, lo hacemos por encima de lo que no ven: que seguimos juntas. La libertad nos es un espectáculo, eso no es la libertad. ♡

A 20 AÑOS DE CROMAÑÓN CUANDO SE QUIEBRAN TODOS LOS SENTIDOS

EL FOTÓGRAFO JUAN PABLO BARRIENTOS RETRATÓ A 20 PERSONAS QUE ESTUVIERON EN CROMAÑÓN. EN CADA ROSTRO HUBO UN GESTO QUE SE REPETÍA: LOS OJOS CERRADOS, COMO UN VIAJE HACIA LA OSCURIDAD DE AQUELLA NOCHE DEL 30 DE DICIEMBRE DE 2004. EN CADA TESTIMONIO, HUBO UNA PALABRA QUE TAMBIÉN SE REPETÍA: LUCHA. NO UNA LUCHA SÓLO EN EL SENTIDO POLÍTICO O SOCIAL, SINO UNA LUCHA INTEGRAL: DESDE LA LUCHA CONTRA LOS RECUERDOS Y LOS SONIDOS DE ESE HORROR, HASTA LA LUCHA PARA LEVANTARSE DE LA CAMA, PARA INTENTAR SANAR, PARA QUE EL ESTADO DEJE DE REVICTIMIZARLOS Y PARA CERRAR UN CICLO. LA LUCHA PARA VOLVER A VIVIR, 20 AÑOS DESPUÉS.

Fotos: Juan Pablo Barrientos - Producción: Agustín Colombo



VANESSA

LA LUCHA SEGUIRÁ

Son 20 años de lucha. Ante la negligencia de un Estado que permanece ausente aún hoy, por la destitución, por los derechos de los chicos, por los cementerios, por todo siempre fue luchar. Es la única forma de lograr algo. Acabamos de luchar por una ley que nosotros consideramos de reparación definitiva para incluir a todos los chicos que permanecen afuera del padrón. El Estado mismo reconocía en un homenaje en la estación de subte con el nombre 30 de diciembre que hubo más de 4.500 sobrevivientes de la tragedia de Cromañón, 194 víctimas fatales y en el padrón de salud había solamente 1400 sobrevivientes. Teníamos un desfase de más de 3000 chicos fuera del sistema, sin una atención psicológica y de salud como corresponde. Y aunque la ley salió, la lucha seguirá. Va a ser una constante porque siempre habrá falencias. Son políticos: prometen cosas que después no cumplen.



AGOSTINA

EL VALOR DE JUNTARSE

Cuando fui a Cromañón tenía 19 años. Durante estos 20 años, la situación siempre fue muy complicada. Las recaídas son constantes. Por suerte tuve mucha contención de mi familia y de toda la gente que fue conociendo de la causa. Cromañón fue un antes y un después no solo para nosotros, los sobrevivientes y los familiares, sino para toda la sociedad argentina. No solo cambió la historia del país en muchos aspectos, sino que también atravesó a miles de familias de una manera muy dura y muy cruda. Estuvimos muy solos durante mucho tiempo hasta que tuvimos el valor de empezar a juntarnos y hablar de lo que nos pasaba. Yo rescato eso. Es una gran victoria hoy volver a abrazarnos entre quienes estuvimos ahí esa noche. Nunca vamos a dejar de luchar por la memoria de los que no están y por los derechos de los que nos quedamos.

SEBASTIÁN

UN MILAGRO

El 30 de diciembre de 2004 tenía 19 años recién cumplidos. La entrada a Cromañón había sido mi regalo de cumpleaños, me la había regalado Diego. Solamente me quedó el pantalón con el que fui esa noche. Había tirado la remerita que tenía envuelta en la mano, las llaves y las zapatillas. Una se me había salido una vez que salté al escenario. Ahí me trastabillé con un monitor o con algunos cables y me caí al piso hasta que no pude respirar más y me desmayé. Media hora después desperté afuera, en la esquina. Mi hermano me estaba tirando agua y tratándome de reanimar porque estaba muy mal. Por suerte él tomó la decisión de llevarme al Ramos Mejía. Luego me trasladaron al sanatorio de la Providencia, donde estuve 18 días internado. Estuve nueve días en coma y cuando parecía que mi físico ya no daba más, a mis viejos les habían dicho que se despidieran de mí. Mi hermano me cagó a cachetazos, me pegó, me puto. Y me hizo reaccionar: casi como un milagro me desperté al noveno día de estar en coma.



JUAN DIEGO

LA MEMORIA DE LA CULTURA

¿Qué podemos hacer con nuestro dolor? ¿Qué podemos hacer con este vacío? A partir de lo que nos une, que es ser sobrevivientes y familiares –y quizás no solamente eso– empezamos a encontrarnos y a construir. Una ley de reparación, pedir una ley de expropiación para que Cromañón sea un sitio de la memoria. Participó dentro del Movimiento Cromañón, que es una organización que se gestó a través de una convocatoria de una sobreviviente. De repente nos empezamos a cruzar personas que ya nos conocíamos de otras actividades. Y empezamos a relacionarnos, a conocernos, a querernos y a partir de eso a construir la memoria. ¿Qué memoria? Que no se vuelve a repetir, la memoria de los chicos, las chicas, la memoria de todos nosotros. La memoria de la cultura, de qué es el rock, qué es la música, algo que nos movilizó y nos moviliza constantemente.



RICHARD

HERMANOS

Todo cuesta un montón en diciembre. Lo que más me costó fue darme cuenta que necesitaba trabajar mi salud mental porque todo me desbordaba. Éramos muy chicos –yo tenía 19 años– y estábamos en una etapa de crecimiento. Cromañón entonces nos sacó mucha seguridad. Nos faltó mucha confianza en nosotros mismos, porque nos echaron la culpa en general. Por suerte con muchos hermanos fuimos haciendo el camino. Nos dimos cuenta que nosotros somos ellos, los que no la pudieron contar, los que no pudieron salir. Yo tengo mis quilombos, pero estoy agradecido a la vida y al universo por todo lo que tengo. Por eso sigo luchando, militando y trabajando en otros proyectos sociales, como la murga, siempre relacionado con la música.



SILVIA

EL DERECHO A PENSAR

Soy la mama de Julián Rozengardt, uno de los asesinados por el Estado y las corporaciones de empresarios de este país. Desde lo individual es intransitable. No se puede. O sea, uno debería irse a llorar a su hijo. Pero desde el primer día nos dimos cuenta de que el lugar era la calle y de que la manera era desde lo colectivo. Transitando en diversas agrupaciones, pensando cómo hacer visible esto que pasaba como familiar, tratando de juntarnos con sobrevivientes. El grupo que integro, Movimiento Cromañón, fue el promotor tanto de murales como del primer proyecto de expropiación que no prosperó en la Legislatura y que tuvimos que llevar a diputados y senadores. Somos quienes tratamos de cuidar el santuario junto a otros familiares sobrevivientes y somos quienes estamos intentando, como podemos, gestionar una unidad que nos permita pensar a todas las víctimas. No solamente a las de Cromañón, sino a las del supermercado Ycuá Bolaños, de Paraguay, a las de la discoteca Kiss, de Brasil, a las de la AMIA o las del taller clandestino. Tenemos derecho como víctimas a pensar y a reclamar. A las Madres de Plaza de Mayo les dijeron locas. Siempre está esta cuestión de que el dolor no te deja ver, pero a mí el dolor no me impide ver con objetividad que los pibes murieron por determinados motivos y que esos motivos hoy siguen. Y que en un momento en que el Estado está planteando retirarse cada vez más, estamos cada vez más expuestos a otro Cromañón.

HERNÁN

MÁS VIEJO

El 31 de diciembre amanecí viejo. Fueron muy complicados estos 20 años. Hice terapia, psicóloga, psiquiatra. Salvo ellas y mi familia muy poca gente comprendió hasta dónde llegó este dolor. Querían que fuese el Hernán de antes de Cromañón. Pero ese Hernán de 23 años quedó ahí adentro. El que vino después fue otro. Más viejo y no sé si más maduro.



CINTHIA

EL RECUERDO NÍTIDO

En estos 20 años siempre tuve presente esa noche. Hoy te puedo contar con lujo de detalles todo: no solo lo que vi, sino cómo lo viví. O sea, me acompañó siempre. Al principio fue con bronca. Eso fue aplacándose. Para mí es algo que no va a cerrar nunca. No sé si quiero. Quizás quiera tenerlo siempre presente lo que viví. Quizás quiera cerrar en mi vida lo relativo a la causa, pero no todo lo otro.



FABIANA

VARIAS LUCHAS EN UNA

Soy sobreviviente y familiar de la masacre de Cromañón. En la noche del 30 de diciembre murió mi compañero José. Estos años fueron muy difíciles. Los primeros cinco fueron de terror. Me costó mucho poder salir adelante. Cromañón también me trajo enfermedad. En el segundo embarazo de mi hijo, a las 34 semanas me detectaron leucemia, eso me contrajo también un cáncer de tiroides y me llevo a que tengan que hacerme un trasplante de médula porque ya mi cuerpo estaba todo tomado. Fueron varias luchas las que fuimos dando. Yo con mi salud y también con la militancia de Cromañón, con quienes seguimos luchando por una ley de reparación integral que quede ya de por vida, para que no tengamos que volver a la Legislatura porteña a tener que revictimizarnos cada tres años.



JUAN
LA BANDERA

En esa vuelta de entrar y salir al boliche para buscar a mis amigos adentro y afuera, encontré la bandera que había llevado a Cromañón. Me gustaba tenerla colgada en mi casa, pero un día mi mamá y mi hermano me dijeron que quizás no me hacía bien tenerla. Desde ese momento la guardé, incluso la llegué a tirar, pero mi vieja la sacó del tacho y me dijo que la iba a tener. Ese dato lo guardé en algún rinconcito de mi memoria, y hace poco se la pedí: la tenía guardada porque sabía el enorme significado que tenía esa bandera para mí.



JOSÉ

UN HOMENAJE EN EL BARRIO

Soy de Isidro Casanova, del Barrio 17 de marzo. Aquella noche, del barrio habíamos ido 13 personas. Cuatro fallecieron, entre ellas mi hermano Hugo, que tenía 26 años. Nos habíamos juntado todos en lo de mi vieja como hacíamos siempre antes de cada recital y salimos desde allá. Nos tomamos el colectivo 180 hasta llegar a Plaza Once.

Cuatro meses después de Cromañón empezamos a hacer la Plaza de la Memoria en el barrio. La hicimos junto al psicólogo social Alfredo Moffatt y su equipo. Laburamos sobrevivientes, familiares, vecinos y amigos para sellar nuestro homenaje a los cuatro pibes del barrio, pero después nos dimos cuenta que estábamos representando a los 194 y a los miles de sobrevivientes. Hoy, los vecinos están muy agradecidos de tener un espacio de recreación para los niños y también para quien quiera, pueda hacer un homenaje en el lugar.



ALESIA

EL ARTE SALVA

Pasaron 20 años, todos perdimos algo de nuestra vida ahí adentro, en la mía encontré en en el Arte el poder transformador de todo lo que no podía poner en palabras en esos tiempos. En este presente puedo decirlas y encuentro los sentidos que me llevan a seguir ejercitando la memoria desde el Arte para que no quede en el olvido. Estos 20 años nos encuentran cicatrizando viejas heridas, nunca volvimos a ser los mismos que antes después de esa noche. Es por eso que la mayor justicia es poder hacer lo mejor que podemos con esta vida que tenemos, abrazarla y agradecer que estamos acá.



SABRINA

PAÑOS Y CURITAS

Creo que estos 20 años se resumen en la palabra lucha. Lucha no solo por los derechos vulnerados desde el momento cero, sino en una lucha también personal: desde algo tan simple como tomarse un subte, subir y pensar 'che, si pasa algo acá cómo me bajo' o entrar a recitales y ver dónde está el cartel de emergencia. Sueños, luz apagada, escuchar las sirenas. Es una lucha constante para mí y para mi familia también, que directa e indirectamente sigue sufriendo.

No es algo que se pueda sanar. Tampoco creo en la reparación, porque una mamá que perdió un hijo, ¿cómo se repara eso? Nosotros que perdimos la juventud, que perdimos trabajos, que perdimos muchas cosas. ¿Cómo se repara? Pero sí intentamos ponernos paños, curitas y seguir entre todos nosotros, que somos los únicos que nos contenemos ante un Estado que siempre estuvo ausente.



MARCOS

LUCHAR Y SOBREVIVIR

Soy sobreviviente y me costó demasiado durante estos 20 años tener una estabilidad, tener fuerzas para seguir luchando. Pero creo que es la manera de mantenernos a nosotros y de mantener la memoria. Sirve la lucha para los chicos y para que la nueva juventud aprenda que en Cromañón hubo una masacre que nos duele, nos sigue doliendo y nos va a doler siempre. La manera de sobrevivir siendo sobreviviente a todo eso es con la lucha y con la justicia, que no nos llega nunca ni nos va a llegar porque los pibes ya no están.



DIEGO

SILENCIO

Cuando recuerdo Cromañón, lo primero que pienso es un silencio. Después es memoria y después es el respeto por los familiares y por las víctimas. Por los que no volvieron, por las almas que quedaron ahí.



JAVIER

UNA ZAPATILLA, UNA MITAD

De aquella noche, además de un sinfín de recuerdos, sensaciones y memorias, me quedé con la ropa. Me asombra que las manchas siguen ahí, que no se van. También me quedé con una zapatilla. La otra habrá quedado adentro o no, no lo sé. Pero sí me gusta pensar en eso como un símbolo, de que no queda otra que seguir adelante, aunque sea con una sola zapatilla. Tenés que seguir caminando y si no podés caminar con las dos piernas, caminarás con una. Pero tenés que seguir. Ese par de zapatillas se partió y creo que es hasta poético. Una parte la tengo conmigo, es un recuerdo, es un testimonio claro de lo que fue Cromañón: su crudeza, su violencia, su horror. Y la otra quedó adentro, porque una parte de mí quedó ahí adentro. Es algo con lo que coincidimos muchos sobrevivientes. Que después de esa noche no somos los mismos. No quiere decir que seamos peores, simplemente no somos los mismos.



TAGO

SIN BAJAR LAS BANDERAS

En estos 20 años hemos aprendido algunas cosas. Primero, que hay que luchar siempre. Que nadie nos regala nada, que los derechos, los triunfos, las conquistas, se luchan. Segundo, que la lucha es colectiva, solidaria, humana. Finalmente, aprendimos a ejercitar la memoria, con alegría, con entereza, con nuestra cultura y sin bajar nuestras banderas. Por los que no están, por los que quedamos y por lo que vienen atras nuestro.



MATÍAS

LAS LETRAS DEL LISTADO

Cuando veo el listado de las 194 víctimas, las veces que pasó por Once o en alguna red social, para mí es inevitable fijarme la letra de mi apellido. Ver la N y la M, y pensar 'por qué este chico o esta chica sí, y yo no'. La pasé mal y ver ese listado me malaba internamente. Es un proceso que me costó mucho tiempo. Asimilar la culpa. Por eso, ahora de grande empecé a valorar más la vida.



ELSA

EMPEZAR A VIVIR

En Cromañón perdí a mi marido y a mi cuñada y tengo una hija sobreviviente. Veinte años después, con todo lo que nos pasó, desde nuestra agrupación, que se llama No nos cuenten Cromañón, creemos que es el momento de que se escuche la voz de los sobrevivientes, que no pasó en todo estos años. Y los sobrevivientes empiecen a vivir. Que empiecen a disfrutar que están vivos.



CHUECO

ANTES O DESPUÉS

Cromañón me atravesó por completo la vida. Cada vez que tengo un recuerdo automáticamente pienso si fue antes o después de Cromañón. Trazó una línea temporal que me lleva automáticamente a pensar en antes y después de la masacre. Y si bien fue el hecho más doloroso que me tocó vivir, a su vez me enseñó que el dolor se puede transformar en lucha y que esa lucha se puede hacer con alegría. Si bien Cromañón fue algo terrible para mí y para todos los que estuvimos ahí, siempre pienso –o intento pensar– que me dejó mucho más de lo que me quitó. Veinte años después, junto a mis hermanos que estuvieron en Cromañón, mis mejores amigos, nos encontramos luchando juntos, no solo por los pibes, sino por nuestros hijos: para que nunca más haya un Cromañón.

Asbesto: relatos del veneno

UNAS FIBRAS MATAN SILENCIOSAMENTE DESDE LO SUBTERRÁNEO. EMPRESAS, GOBIERNOS, VIENEN Y VAN SIN UNA SOLUCIÓN ESTRUCTURAL PARA PROTEGER A MILLONES DE USUARIOS Y A MILES DE LABURANTES DEL SUBTE Y EL PREMETRO PORTEÑO. CINCO PERSONAS CON CÁNCER, CUATRO MUERTOS POR CÁNCER, 107 TRABAJADORES CON RIESGO DE CONTRAER CÁNCER. Y UN SOLO NOMBRE, EN MEDIO DE LA DESIDIA ESTATAL, PARA TODA ESTA PESADILLA: ASBESTO.

Por Nelson Santacruz / Fotos: Rodrigo Ruiz



Hay fibras volátiles recorriendo silenciosamente 90 estaciones de subtes y del premetro en la Ciudad de Buenos Aires. Se sabe que más de 300 millones de pasajeros al año utilizan estos transportes y para que funcione más de 3000 laburantes, en diversas áreas, exponen sus vidas a un posible cáncer por el contacto diario con el asbesto. La Justicia, el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Subterráneos de Buenos Aires Sociedad del Estado y EMOVA -el concesionario de la Red de Subte de CABA- son algunos de los actores importantes para resolver este conflicto que tiene ecos, muer-

tes, enfermos y luchas desde 2018.

Lo ha dicho en múltiples medios la neumóloga especialista en salud ocupacional, Lillian Capone, que el asbesto, o “amianto”, es un material más fuerte que el acero y que al inhalarse se instala en el pulmón: “Ahí, el amianto, puede enclavarse como una aguja en la pleura, que es como la ‘cáscara’ que rodea al pulmón. Genera unos callos y engrosamientos pleurales. Hay trabajadores que pueden tener un pedacito de ese callo y otros más. Está vinculado con el tiempo de exposición y la cantidad de fibras inhaladas”.

Hemos contado en Revista Cítrica este conflicto, en primera persona, con laburantes que hoy transitan graves enfermedades y no saben si van a sobrevivir. Del subte al

asbesto, del asbesto al cáncer es un artículo que extiende el horror hoy traducido en más de 2000 trabajadores con controles médicos, 107 confirmados con alguna afección a causa del asbesto, cinco laburantes más una pasajera que tienen cáncer y cuatro víctimas fatales que ya no están con nosotros pero que también lucharon para visibilizar este problema. El último fue Jorge Navarro, quien falleció el 13 de noviembre pasado.

Facundo Heredia lleva 20 años trabajando en los talleres de la Línea D, dice que vive con incertidumbre: “No queda otra que vivir así, con la duda, porque el próximo puede ser cualquiera de nosotros. Cada año que me hago chequeos ruego que no me salte nada, es vivir con incertidumbre. Por eso pedimos

mayor empatía, es importante que los usuarios sepan que nuestros reclamos son nada más y nada menos que por la vida”.

No está mal indicar que para reclamar, pronunciarse, no es fácil. No todas y todos los trabajadores pueden contar lo que sucede debajo de nuestros pies en términos de salud. Las empresas, el mismo Gobierno, pone en la mira a los que se atreven a reclamar por sus vidas. Andrea Salmi, personal de la Línea B y Secretaria de Comunicación de la Asociación gremial de trabajadores del Subterráneo y Premetro (AGTSyP), es contundente: “Nuestra lucha es por la salud pública. El período de latencia del asbesto, tanto para usuarios como para el personal diario de los subtes, puede ser de 20 o 30 años hasta que se presenta alguna enfermedad. Esto afecta muchos intereses y por eso también nos cuidamos”.

-Andrea, ¿qué sensaciones tienen como laburantes?

-Mucha indignación, pero sobre todo bronca. Hay una reglamentación desde los 90 que indica cómo se debe y no se debe trabajar con el asbesto. También existe una legislación



desde 2003 que prohíbe directamente su uso. Estuvimos expuestos muchos años, la mayoría sin saber nada de este tema. ¿Y qué pasó? En 2018 Mauricio Macri compró los mismos trenes

que ya habían prohibido en Madrid por tener asbesto. Hoy la Justicia dice que hay que desasbestizar toda la red porque es contaminante, no es un mero capricho nuestro.



Néstor Segovia, secretario adjunto de AGTSyP, se queda pensando, recuerda a Jorge Navarro con quien laburó durante 15 años en el taller de la zona de Constitución. “Él entró sano acá”, suelta pensativo. Nos dice que en seis años lograron, gracias a la presión sindical, sacar 200 toneladas de asbesto de los subtes. “Mi generación ya está”, remarcó, otra vez con puntos suspensivos.

Y dice sin muchas vueltas: “Hay que cerrar todo esto, limpiar todos los túneles a fondo

hasta los cableados. Está por todos lados”. El “está” se trata, justamente, de eso tan microscópico que parece un fantasma que lentamente se va llevando a la gente. Néstor lo sabe bien porque hace 20 años, cuando él empezaba como mecánico, lo mandaron a sacar asbesto de las zapatas de los frenos sin barbijos, sin nada: “¡Imaginate vos la irresponsabilidad de la empresa y del gobierno!”, remata.

Las licitaciones para la compra de trenes no avanzan, la quita de asbesto a la fecha está

paralizada. No se sabe cuántas toneladas más hay debajo de nuestra Ciudad. Pero lo cierto es que las y los trabajadores continúan sus batallas con perseverancia y humanidad: “Nosotros vivimos muchos años acá, es una gran familia, a veces estamos más por el subte que en nuestras propias casas. Tomamos mates, trabajamos, tiramos chistes, contamos cuentos... en la medida que te enterás de compañeros enfermos, con cáncer o muertos la tristeza aumenta”.



VENÍ A
DISFRUTAR
DEL MAR Y LA NATURALEZA

Balneario | Pileta Climatizada | Gimnasio | SPA | Teatro | Recreación | Restaurante

MAR DEL PLATA | Ruta 11 Km 542.500 (7609) Chapadmalal (+54 223) 464 1111 y rotativas.

Sin agua estancada, prevenís el dengue

Vaciá, limpiá y cepillá los recipientes que acumulen agua para eliminar larvas y huevos del mosquito que transmite dengue.

Más recomendaciones en [buenosaires.gob.ar/Dengue](https://www.buenosaires.gob.ar/Dengue)

BA Buenos Aires Ciudad **Vamos por más**

2024... ¡Afuera!

Se va 2024. Lentamente, a cuentagotas, como si todavía tuviera sorpresas agazapadas al final del calendario este año difícil de condensar por lo turbulento, lo violento y lo complejo que ha sido para el grueso de la sociedad argentina. Fue una muestra apretujada en 12 meses de lo que será el Gobierno liberal anarcocapitalista de Javier Milei, que todavía tiene tres años por delante.

Fue el año de la discusión veraniega por la Ley Bases. No prosperó entonces, pero sí el plan represivo que acompañó todo el año legislativo bajo el pretexto del protocolo anti-piquete: ya en febrero fue baleado nuestro compañero fotógrafo Rodrigo Ruiz junto a otros colegas. La Ley Bases se aprobó finalmente y con ella se sentaron las bases para el país que viene: extractivismo, flexibilización laboral y ajuste por todos los costados posibles.

Fue el año en que partió de este plano Nora Cortiñas, una de las Madres faro que seguía marcando el pulso de la Argentina con sueños inclusivos para las mayores. Nos queda el vacío por su ausencia física pero también su legado de compromiso social: "Venceremos", nos desafiaba en cada discurso.

En el año que se escurre lentamente vimos los destrozos que causa la política de la motosierra: menos Estado es igual a más hambre, más desempleo y, claro, más mercado. El triunfo de unos pocos celebrado por millones que se sienten meros espectadores.

También fue el año en que aprendimos todo lo

que se teje subterráneamente en la Argentina que no es televisada ni tendencia en las redes sociales. Mientras los históricos sectores organizados tardaron en leer la realidad de la calle, allí estuvieron, antes que nadie, los jubiladxs para poner el cuerpo todos los miércoles del año. Ganaron el espacio público igual que la marea universitaria cuando el Gobierno apuntó a la educación como enemiga.

Y estuvieron en las calles artistas, discapacitadxs, laburantes informales, personal de salud, docentes, familias campesinas... Una sucesión de resistencias para demostrar que todavía queda dignidad en la memoria de un pueblo que ha tropezado y se ha recuperado

mil y una veces de las promesas de otras Argentinas posibles.

Para nuestra cooperativa, golpeada como el país de abajo, fue el año de reunir los recursos y las energías disponibles para no abandonar nuestro camino: el periodismo en el territorio. Lanzamos un podcast. No dejamos de lado la fugacidad de la coyuntura pero también ofrecimos notas e investigaciones para parar la pelota y pensar la época que atravesamos. Estuvimos en la calle acompañando a los colectivos movilizadxs, tejimos lazos con medios compañeros, fortalecimos la comunidad lectora que nos apoya y seguimos ampliando el alcance en web y redes sociales.

Nos permitimos también un respiro en noviembre abriendo las puertas de nuestra redacción para celebrar 14 años de cooperativismo. Compartimos con mucha gente que vino a abrazarnos poesía, comida, bebida, música y la alegría de sentirnos parte de una misma vereda de la vida... donde nunca se abandona la siembra porque la promesa de los brotes es más potente que la incertidumbre de la espera.

Así contemplamos el cierre de un año que se diluye convulsionado. Tal vez haya que cerrarlo a los empujones, con prepotencia de trabajo, desobedeciendo los calendarios y marcando el pulso de los proyectos que elegimos para construir los futuros que nos merecemos.

Es bueno saber que no caminamos en solitario. Somos un montón para recibir los brotes de tantos años de siembra (aunque los vientos de la época soplen en contra). Como nos desafió Norita, venceremos. ✪

